POR NUESTROS MARES DEL SUR

EL "TRAUCO"

CABALLERO GALANTE DE LOS BOSQUES

Por

Raúl TORRES Rodríguez

Capitán de Fragata (R)

Armada de Chile

Llevábamos largos meses sondando el canal Chacao, misión encomendada a nuestro Crucero, en trabajos hidrográficos por los mares del sur. Nuestros puertos bases eran Ancud, Carelmapu, Puerto Elvira o Linao. Los trabajos habían transcurrido insensiblemente, pese al último invierno excesivamente riguroso. Es que los guardiamarinas nos dábamos maña para pasarlo bien en todas partes, especialmente cuando se nos asignaban comisiones independientes tales como observación de mareas u otras. En esos casos, éramos jefes de un pequeño grupo, con el que nos instalábamos en campamentos casi siempre levantados en las cercanías de algún pequeño caserío. El contacto con esos compatriotas nos proporcionaba el agrado de compartir con gentes sencillas, amables y generosas.

Terminada esta misión, se dispuso que realizáramos igual trabajo en el Golfo de Ancud. ¡Al fin llegábamos al corazón mismo de Chiloé. . . ! El Chacao y sus inmediaciones nos daban la impresión de mantenernos alejados de ese pedazo de nuestro territorio conocido como Archipiélagos de Chiloé, Guaitecas y Chonos.

Fui designado jefe de una de las partidas de observación de mareas y, con cuatro marineros, destacado en una de las numerosas islas de las cercanías. Instalamos el campamento en las cercanías de un pequeño caserío, cuyo nombre os ruego me excuséis de consignar, porque el caserío de aquel entonces, hoy es un

villorrio de cierta importancia. Fue allí donde conocí, o más bien dicho, me informé, de la existencia de un ser que, según los regionales, habita en Chiloé y cuya influencia en el desarrollo de las poblaciones isleñas no se puede desconocer.

Algo se ha escrito sobre este personaje. Quienes aseguran haberlo visto, coinciden en describirlo como un hombre pequeño —pequeñísimo, diré más bien— de no más de ochenta centímetros a un metro de estatura, de figura repelente, que vive en los bosques espesos, posiblemente en cavernas. Aseguran que viste un pollerón de quilinejas y un bonete del mismo material. Es un sátiro, según unos; un seductor, según otros; pero todos coinciden en que la doncella que es sorprendida por él, cae seducida irremediablemente.

Nuestro magnífico poeta Bórquez Solar lo pinta así:

"Con mis ojos de centellas,
de intenso fulgor negruzco,
pongo miedo a las doncellas,
las más tiernas, las más bellas,
que lujurioso seduzco".

La vida en nuestro circunstancial campamento fue agradable desde el primer momento. Compartíamos familiarmente las pequeñas comodidades que podíamos proporcionarnos.

Entre mis hombres había uno que debo recordar muy especialmente: Juan Huenchul, nuestro "maestro cuque". Chilote, de carácter alegre, era dueño de un arsenal de chistes, cuentos y anécdotas con que nos entretenía noche a noche al calor de una fogata, mientras saboreábamos exquisitas tortillas al rescoldo con que nos brindaba en las altas horas. Pasada la medianoche, me retiraba a la pequeña carpa que me servía de albergue, no sin antes preocuparme por los turnos de observación de la escala de mareas que no debía interrumpirse por motivo alguno.

Huenchul, hijo de las islas, nacido en el mar, había pasado gran parte de su juventud en las goletas isleñas o en los viejos veleros, antes de contratarse en la Armada. Recordaba con especial afecto los días vividos junto a los armadores regionales, los Oelckers.

—Nadie podrá considerarse un verdadero "managuá"— decía—, sin haber navegado en una "Nelson" o en una "Guaitecas"; allí se aprende el lenguaje de las jarcias, bajo la vigilancia de hombres que supieron crear en nuestros mares el amor a las velas, al azotar del viento, al rugir de las tempestades.

Entre las provisiones que debíamos preparar para nuestra estadía en tierra, siempre contábamos con una pequeña cantidad de "chica", reconfortante, eficaz para las noches demasiado frías y los días de intensa lluvia, tan corrientes en esa región. Para mi uso personal, prefería una pequeña porción de ron, de ese legítimo ron de Jamaica que aprendiera a emplear en los mares de Oriente, como un reconfortante ideal en las frías noches de puente. Una mañana, al hacer un balance de las provisiones existentes noté que precisamente el ron había disminuido ostensiblemente. Llamé de inmediato a mi asistente y lo amonesté severamente; pero me di cuenta que este hombre no podía ser el causante de tal desacato: era un servidor leal y serio que me acompañaba desde hacía muchos meses como camarotero a bordo o asistente en tierra. Fueron inútiles todas las averiguaciones que hicimos durante el día; mas, en la tertulia nocturna, Huenchul nos dio la clave:

—Ha sido el "Trauco", mi guardiamarina —advirtió—; lo vi, o me pareció verlo rondando por el campamento algunas noches atrás.

No había oído hablar anteriormente de este personaje, por lo que me interesó conocer mayores detalles de parte de mi "maestro cuque", o del resto del personal en caso de que lo conocieran.

—Vive en las islas —agregó Huenchul— emboscado u oculto, según se cree. Es un hombre muy chico que viste generalmente un pollerón hecho de "boqui" y un sombrero terminado en punta, de "quilinejas". Es aficionado a las niñas; su mujer, la "Fiura", es muy repelente; pero él tiene buen gusto: siempre elige a las más tiernas. Pero además es aficionado a lo ajeno, y especialmente gusta de los buenos manjares y de las mejores bebidas.

De más está consignar que las explicaciones del muy pícaro "cuque" no me convencieron y hube de cargar a su cuenta la disminución de mi exquisito ron de Jamaica.

Pero esto del extraño personaje de los bosques chilotes me interesó sobremanera; desde ese día me pareció necesario llegar a conocerlo, si eso era posible, en toda su realidad.

Desde esa misma noche nos dedicamos a preparar como cebo, algunos deliciosos bocados que le dejábamos a la vista con una o dos copas de licor. Pero todo fue inútil. Sólo una vez nos pareció divisar una sombra movible que pronto desapareció sin que lográramos identificarlo. A este puesto de observación de mareas siguió otro y otro. En todas partes hicimos indagaciones sin éxito. Y luego hube de perder toda esperanza porque fui trasladado a la Escuadra Activa, dejando abandonada por muchos años la tarea que me había impuesto. Regresé al norte con verdadera pena: dejaba atrás buenos amigos, amables y generosos y curiosamente supersticiosos.

Pasaron algunos años. Siendo teniente, fui designado comandante de la escampavía "Yelcho", la misma del Piloto Pardo, como he manifestado en otras oportunidades, la misma que escribiera una página gloriosa en las frías aguas de Isla Elefantes. La "Yelcho", por esos años, formaba parte de las islas de Chiloé; era parte integrante de cien caletas, sueño y orgullo de sus habitantes; alegría de grandes y chicos que corrían a las playas tan pronto divisaban en el horizonte su silueta inconfundible.

A la satisfacción enorme que me produjo esa designación por lo que representaba para mi carrera profesional, hube de sumar el agrado que sentía por la oportunidad que me brindaba el destino, de encontrarme nuevamente con amistades dejadas en aquellos años del Crucero... Podría ahora cumplir aquellos deseos insátisfechos de conocer los Archipiélagos de Chiloé, Guaitecas y Chonos, isla por isla, caleta tras caleta; sus canales y fiordos de verdadera ensoñación, sus personajes característicos, sus marineros intrépidos, sus fantasías y supersticiones; sus mujeres pequeñas y robustas, labrando incansablemente la tierra, o guiando balandras, mientras ellos, reyes y señores, descansan tranquilamente o beben saciando su sed incontenible.

Desde mi "Yelcho" tenía oportunidad ahora de indagar a fondo sobre leyendas de las islas, auscultando —por decirlo así— el alma misma de sus habitantes.

Conocí muy pronto de boca de muchos, algo sobre el "Caleuche", sobre la "Viuda", la "Fiura" y el "Camahueto". Pero ese personaje ladino y astuto que tanto me intrigara años antes, fue toda mi obsesión. La suerte me fue propicia. Ya he contado otras veces cómo fue de movido ese año en que prácticamente no tuvimos descanso: a las misiones de rutina; la extraordinaria, de construir una escala semi-permanente en Huafo; uno o dos viajes fuera de programa a Faro San Pedro, que ordinariamente debía ser atendido por la escampavía de base en Punta Arenas, la Superioridad nos agregó la construcción de algunos faros sin guardián en la región, no propiamente construirlos, sino movilizar al personal, material y víveres para esta misión que estaba a cargo de mi buen amigo el Ingeniero de Faros.

Para iniciar la tarea de construir el primer faro en el punto previamente elegido, desembarcamos en la punta norte de la isla... (perdonen, una vez más, que silencie su nombre, porque aquel caserío de antaño, es hoy una aldea importante). El campamento fue ubicado en un punto con amplia visibilidad, situado a unos dos kilómetros del caserío que no tendría más de treinta o cuarenta habitantes. Hoy es una aldea de cincuenta o más familias. Nuestra misión en adelante consistiría en regresar periódicamente con víveres, elementos de trabajo y correspondencia.

Después de dos o tres días, instalado ya el campamento e iniciadas las tareas, seguimos viaje; pero antes propuse a mi amigo, el Ingeniero de faros, hacer una excursión al poblado y desde luego, mi primera medida fue imponerlo de mis intenciones con respecto al personaje que tanto me preocupaba; le conté todo lo que sabía sobre él, lo puse en antecedentes de mis indagaciones juveniles; le hablé de supersticiones y leyendas chilotas, en todo lo cual él no era muy versado; le tracé un panorama más o menos aproximado de lo que podría encontrar entre las gentes de las islas y, como algo muy especial, le rogué mantuviera reserva sobre mis indagaciones privadas.

Encontré gran comprensión en mi buen amigo y obtuve la promesa de que, en mi ausencia, nada se haría por atraparlo si

llegara a presentarse por el campamento; sólo debían demostrarle indiferencia o amistad.

En nuestra excursión al poblado nos dimos cuenta, desde el primer momento, que se trataba de gentes sencillas, cariñosas, amables, tal vez un poco tímidas. Conversamos con algunos y muy poco sacamos en limpio, porque, al parecer, temían hablar del "Trauco", como si se tratara del Diablo. Sin embargo, todos coincidían en describirlo como un hombre pequeñísimo y repulsivo que habitaba en los bosques cercanos; que era, no obstante, un seductor irrefrenable. Nadie al decir de los informantes, se atrevería jamás a perseguirlo y menos darle muerte. Recordaban con horror lo que contaban los antepasados cuando el abuelo Paillacar diera muerte a uno, tratando de vengar la desgracia que ocurriera a una de sus nietas: cavó una maldición en los campos, los papales se secaron y aquellos que dieron frutos, éstos eran infestos, negros, incomibles. Esto duró muchos años, muriendo varias generaciones de hambre. Era algo que nadie podría olvidar, y que se venía transmitiendo como una terrible lección de padres a hijos.

Cada ocho o diez días regresábamos al campamento, especialmente si navegábamos en las cercanías a fines de semana. Sentíamos verdadero agrado de encontrarnos con nuestros compañeros y éste era un sentimiento recíproco; ellos tenían oportunidad de disfrutar las delicias de un baño caliente y nosotros el gozar de los apetitosos mariscos con que nos aguardaban: grandes choros amarillos, deliciosas centollas u ostras que conservaban en diversos ad-hoc.

Innumerables noches pasamos reunidos alrededor de una fogata en acechanza del ser de nuestros desvelos. Y todo fue inútil. Diríase que en los bosques que circundaban el poblado no existía ese amo de débiles doncellas.

A las pocas semanas, el faro quedó terminado. La tarde que su fanal dio los destellos automáticos cada cinco segundos como estaba diseñado, lo celebramos con un apetitoso curanto y nos preparamos para dejar definitivamente ese caserío al resguardo de la luz blanca y destellante del nuevo faro sin guardián.

Veinte millas más al sur, casi a la entrada misma de un puerto, instalamos el nuevo campamento. Quedó en la punta saliente de un acantilado, a orillas de un bosque y casi en el pueblo mismo. Se trataba de un caserío mucho más importante que el anterior, tal es así, que cuando lo visité años después, tuve el agrado de encontrarme con una ciudad de cierta importancia. El inmenso bosque de tepa y mañío que había conocido, ya no existía; había dado paso a un campo fértil, de tierras llenas de vitalidad, en donde los trigales y el cultivo de papas lucían exuberantes.

El día que recalamos en esa playa amplia y limpia, con grandes diferencias de marea, acordé varar a fin de facilitar la descarga de materiales de construcción. En la baja marea, la "Yelcho" parecía incrustada en el bosque mismo.

A la mañana siguiente, llegaron al costado de la escampavía tres típicos personajes regionales, montados en pequeños caballos, si caballos eran los que se presentaban a nuestra vista que más parecían perros gigantes. Pequeño, gordo, panzudo uno, llevaba colocada una pintoresca gorra de sargento de Marina: era el Alcalde de Mar, que desempeñaba sus funciones con gran autoridad; flaco y de largos bigotes, el segundo, era el Alcalde de la ciudad; el tercero, gigante que bordeaba los dos metros y cuyas piernas arrastraban bajo el vientre del animalejo, era el cura del pueblo, una mezcla de sacerdote y de huaso chileno, con su sotana a medias, un poncho chilote y su gran sombrero alón. Era un español de ojos claros, entusiasta y dicharachero. Tras algunos esfuerzos, subieron a bordo. Lo hacían para presentar sus saludos e invitarnos, especialmente a los oficiales, para que fuéramos sus huéspedes durante el tiempo que permaneciéramos en la caleta. Naturalmente, no aceptamos tan amable invitación, porque nuestro deber era compartir la vida de campamento con nuestros colaboradores inmediatos; y luego, mi amigo el Ingeniero de Faros y yo, no pensábamos desperdiciar la oportunidad de dedicarnos a la persecución del extraño morador de los bosques, cada vez que estuviéramos juntos. La misma tarde nos dirigimos al pueblo para devolver la visita que nos habían hecha tan de alba las autoridades locales.

En una de las primeras casas, una humilde casa isleña, ya encontramos vesti-

gios del malvado ser de nuestros desvelos: junto a una puerta, una mujer tejía ropas para guagua. La saludamos afablemente.

—¿Tejiendo para los nietos, señora? —interrogué.

—Sí, señor, para un hijo que espera la niña Rosalía. ¡Rosalía, ven! —gritó— ven que unos señores quieren conocerte.

Apareció una muchachita tímida que aparentaba unos catorce años y que, cabizbaja, parecía ocultar, con las manos sobre el vientre, su avanzado estado de gravidez.

—¡Tan joven y casada...!— exclamé.

—No soy "na casá", patrón— respondió sonrojándose.

—¿Cómo es eso, señora...?

—Así es, patrón. Un día se emboscaron unos corderos y la mandé en su busca. Allí la sorprendió el "Trauco" y al parecer la hipnotizó. Ese es el resultado.

Aparentando desconocer algo sobre dicho ser, comenzamos a interrogarla; pero muy poco sacamos en limpio.

—Es un hombre muy chico que vive en los bosques; decimos hombre las que nunca lo hemos visto de cerca, a pesar que según algunos, su cuerpo más parece un tronco de árbol, casi parecido al pehueldún, que es una especie de bastón con que camina algunas veces. Dicen que siempre anda vestido con un traje de boqui y un sombrero terminado en punta, de quilinejas. Parece que tiene un poder en los ojos que deja dormidas a las niñas sorprendidas en sus dominios, y abusa de ellas.

—Señora —interrogué una vez más— ¿ustedes nada hacen por castigar a ese malvado?

—No, señor— fue su respuesta—, las pobres "debimos" recibir los niños que llegan y nadie se atrevería a matar a ese hombre por temor a las calamidades que caerían sobre el pueblo.

—¿Los hijos de ese fulano, salen siempre parecidos a él?— preguntó mi amigo.

—Casi siempre, muy chicos y de figura deformada, señor; pero una hija de mi "comaire" Juana, allá en la "rinconá", tiene un niño que anda en los dos años, hijo del "Trauco"; es muy blanquito y tiene unos ojos azules muy bonitos; es muy "crecío pa su edá".

Seguimos nuestro viaje al pueblo. En la Alcaldía de Mar encontramos a nuestros circunstanciales amigos; se habían reunido con otras personas y nos esperaban con un apetitoso curanto.

La tertulia fue muy entretenida. Celebramos especialmente los chascarros y cuentos del curita, con quien congeniamos desde el primer instante. Era un hombre realmente simpático, charlador infatigable, famoso en la comarca por sus cuentos subidos de color. Tenía la gracia y el verdadero salero de un andaluz. Bien nos cuidamos de no darle la menor noticia sobre nuestras indagaciones, aunque más de una vez estuve tentado a preguntarle si sabía algo... del niño que criaba la hija de doña Juana, allá en la "rinconá". El y ellos no habrían tolerado jamás que siguiéramos adelante en nuestras investigaciones, responsables como eran de la vida y seguridad de sus conciudadanos. ¿Cómo iban a exponerse a que, por nuestra culpa, cayera una calamidad sobre el pueblo y tal vez un cataclismo de incalculables consecuencias?

Acompañé un día más a quienes quedaban en el campamento y seguí viaje al sur para descargar ciertos implementos en isla Huafo, prometiendo, sí, regresar dentro de veinte días para celebrar juntos las festividades patrias que se avecinaban; entonces, todos nos dedicaríamos a la tarea que tanto nos preocupaba. Dejé bien aleccionado a todo el personal en el sentido que, en mi ausencia, nada se intentara contra el temible enemigo de núbiles doncellas, salvo tratar de identificarlo lo mejor posible, a su vez que infundirle confianza, atrayéndolo con golosinas y buenos licores, para lo cual me desprendí de una de mis últimas botellas del exquisito ron de Jamaica.

Regresé puntualmente. La obra estaba ya muy avanzada: el buen tiempo reinante, con unas noches de luna extraordinarias y el deseo de parte del personal de dar término cuanto antes a la tarea encomendada, habían permitido cumplir gran parte de la obra, en forma que podría ser inaugurada antes de diez días. No obstante, ciertas comisiones urgentes que debía cumplir, sólo me permitieron estar junto a mis camaradas apenas el

tiempo suficiente para celebrar en la mejor forma el día de nuestra Independencia.

Las informaciones que ellos habían reunido durante mi ausencia eran interesantes y coincidían con la filiación que ya teníamos del personaje de nuestros desvelos. Se trataba efectivamente de un hombre pequeñísimo, enano más bien, de aspecto repelente, narigón y astuto; vestía siempre un traje de tejido de quilinejas al parecer, y un bonete terminado en punta del mismo material. Había estado muchas veces en el campamento, pero nunca habían podido determinar de dónde venía, si del poblado o de la región boscosa; era un ser extremadamente ladino: algunas veces, a las nueve de la noche ya habían desaparecido las golosinas que dejaban para cebarlo; otras noches, a la una o dos de la madrugada. todo estaba instacto y, sin embargo, al amanecer todo había desaparecido.

Con todas estas informaciones, antes de seguir viaje, nos trazamos un plan de acción para mi regreso; lo dejaríamos venir una o dos noches y luego, cuando estuviéramos seguros que no se escaparía seguiríamos estas instrucciones: uno de mis guardiamarinas se apostaría en las cercanías del bosque en un punto tal que pudiera darse cuenta si aparecía desde el pueblo o del bosque mismo; algunos tripulantes premunidos de mantas se apostarían en lugares estratégicos a fin de proceder a apañarlo en el momento oportuno. Con mi amigo, nos haríamos cargo de la señal de alarma.

Seguí viaje para encontrarme de regreso uno o dos días antes de la fecha determinada para inaugurar el faro.

A mi regreso, ya todo estaba preparado e iniciamos de inmediato los preparativos para nuestra tarea final: el cazar el "Trauco". Mas, todo fue inútil: el astuto personaje olfateó lo que le esperaba y no pisó nuevamente el campamento. Esperamos dos noches más y... ¡nada! La última mañana embarcamos todo lo necesario, esperamos el atardecer y nos alejamos para siempre, observando desde lontananza el último destello de ese nuevo faro sin guardián.

La burla que significó la actitud de nuestro pícaro enemigo, nos causó cierta pena, porque abrigábamos la esperanza de llevarlo prisionero hasta nuestro fondeadero en Angelmó, a fin de que todos los habitantes comprobaran su existencia real. Sin embargo con los años, muchas veces he pensado que tal vez este final fue mejor: nos habría dolido por el resto de la vida el ser causantes de la mayor desgracia que seguramente habría caido en ese pequeño pueblo en que conseguimos tan buenos amigos.

Muchas veces, a casi cuarenta y cinco años de estos hechos, he visitado a mi amigo el ex-ingeniero de faros, en su casa de campo ubicada en las márgenes del Aconcagua, y juntos hemos reído recordando esa curiosa y apasionante aventura de nuestros años mozos, lamentando sí el no haber logrado, ni siquiera como trofeo, un pedazo del singular bonete de fina quilineja, terminado en punta.